



MADRID



LOGROÑO

MARCO FABIO QUINTILIANO

MEMORIA

BIO-BIBLIOGRAFICA



CALAHORRA



CERVERA DEL RIO ALHAMA

MARCO FABIO QUINTILIANO.

MEMORIA

BIO-BIBLIOGRAFICA

PREMIADA

CON PLUMA DE ORO,

REGALO DEL DIPUTADO A CORTES

D. PELAYO MANCEBO,

EN EL CERTAMEN CIENTÍFICO Y LITERARIO CELEBRADO EN
LOGROÑO EL DÍA 24 DE MAYO DE 1885.


~~~~~  
**Es propiedad.**  
~~~~~


N.º TIT - 14643

MARCO FABIO QUINTILIANO

MEMORIA

BIO-BIBLIOGRAFICA,

POR

D. ELIAS ALFARO Y NAVARRO,

Doctor por premio extraordinario en la Facultad de
Filosofía y Letras,
Licenciado y graduado de Doctor en Derecho Civil y
Canónico,
Catedrático numerario de Latín y Castellano en el
Instituto de San Isidro,
Socio honorario de la Academia Filosófico-médica de
Santo Tomás de Aquino en Roma
y de otras Corporaciones científicas y literarias



MADRID

IMPRESA DE LA VIUDA É HIJA DE GÓMEZ FUENTENEbro,
Bordadores, 10.

1899

TEMA



Marco Fabio Quintiliano, su vida y obras, é influencia de éstas en la literatura de su siglo.

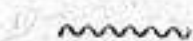


M. FABIO QUINTILIANO

ESPAÑOL.

Florrió en tiempo de Domitiano, año de 90 de N.

LEMA



*Era nuestro honor su honor,
cual su gloria es nuestra gloria.*

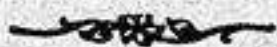
Al Excmo. Sr. D. Amós Salvador y
Rodríguez, Ministro de Instrucción pú-
blica y Bellas Artes, en testimonio de afectuo-
sa consideración y amistad.



Chas. Alfaro Navarro

2-3-11 Madrid.

AL JURADO



RESPECTABLES SEÑORES:

UNA doble consideración es la que me impulsa, para que en el retiro y soledad de mi estudio me atreva á transmitir al papel los sentimientos que en mi alma se agitan y las ideas que en confuso tropel á mi mente acuden.

La voz del Ateneo Científico y Literario de Logroño, que, desdeñando los goces del positivismo materialista; fijando sus miradas en el estado actual de la Rioja; velando por las glorias de su pasado é interesándose por las de su porvenir, ha tenido el acierto singularísimo de provocar este concur-

so, no puede menos de repercutir en el interior de los que, además de tener afecciones literarias, sienten agitarse sus pechos merced al entusiasmo que en los corazones bien nacidos ha producido siempre el recuerdo, en todos tiempos grato, de sus patrias glorias.

Entusiasta como el que más con las glorias literarias y los brillantes hechos de nuestros mayores, ¿cómo no escuchar vuestra voz, si para ello sería preciso que de antemano desoyese la voz de mi propia conciencia? Sería esto, por otra parte, dar una prueba palmaria de inconsecuencia en mis afectos, como si la inconstancia fuera compatible con la hidalguía y la nobleza de los hijos de la Rioja.

¿Cómo no dar en ocasión tan propicia un testimonio, siquiera éste sea exiguo, mayormente si con sus glorias se compara, del singular afecto, admiración profunda y noble entusiasmo que en todos tiempos ha despertado en mi alma el eminente Retórico de Calahorra? ¿Cómo no dedicar un recuerdo á la memoria de Marco Fabio

Quintiliano, cuando por él me siento verdaderamente apasionado?

Escuchando vuestra voz, acudo, pues, al concurso, no sin sentir muy de veras la insuficiencia mía, para desenvolver cumplidamente un asunto cuya grandeza tan sólo es comparable con la grandeza de mis deseos.

Plegue al Cielo que otro entusiasta admirador de Quintiliano, oyendo como yo vuestra voz, acuda también al certamen; para que con ingenio más privilegiado que el mío y con pluma también mejor cortada que la mía, describa las prendas de carácter que tanto distinguieron y sublimaron á nuestro ilustre patricio. Bastante premio sería para mí, en este caso, la tranquilidad de ánimo que habría de experimentar, por haber en la medida de mis escasas fuerzas correspondido á vuestro llamamiento; toda vez que de otra suerte, si mi desaliñado trabajo alcanzase la honra de ser premiado, esto, en último término, más bien sería debido á vuestra benevolencia que á mis propios merecimientos.

Hechas estas consideraciones, nacidas tan sólo de mis naturales sentimientos y no en manera alguna de afectada modestia, permitidme que entre en materia.





Quintiliane , vagæ moderator
summe juventæ , Gloria Romanæ,
Quintiliano , togæ.

(MARCIAL, lib. II, XC.)

Si ha de sernos lícito deducir el mérito y la grandeza de los hombres, de las controversias que sobre la patria de ellos han sostenido las generaciones que á los mismos sucedieron , bien podemos aseverar que en Marco Fabio Quintiliano compiten lo extraordinario del mérito con lo incomparable de la gloria. En efecto; varios y respetables comentadores sostienen en este punto opiniones entre sí opuestas y contradictorias; de los que pretenden hacerle romano y quitar á España la honra de contarle como á uno de sus hijos, merecen especial

mención los muy doctos Enrique Dodwell (1) y el Abad Gedoyn. Uno y otro se fundan en no haber llegado íntegro hasta nosotros el Código de Eusebio y en lo muy versado que Quintiliano estaba, así en la lengua latina como en la historia, costumbres y legislación de Roma. Razones son éstas, si tal nombre merecen, que creo puedan desvanecerse fácilmente. Y á la verdad, señores, ¿es preciso haber nacido en un pueblo ó nación para conocer sus leyes, sus costumbres y su íntima civilización? Creo que no; de lo contrario, cabría afirmar que los que laboriosa y perseverantemente consagraron su vida al estudio de las naciones, con el fin de legar á la posteridad un libro que abrazase la historia de todos los pueblos, no eran idóneos para escribir lo que escribieron, ni dignos de ser leídos.

Si á esto se añade que Quintilia-

(1) Enrique Dodwell, quien en su *Vita M. Fabii Quintiliani per annales disposita*, intentó demostrar que era romano.

no, joven aún y sin largos hábitos contraídos en su patria, marcha á Roma, donde vivió no pocos años totalmente consagrado al estudio de las costumbres romanas, de sus leyes, de sus oradores, siendo además maestro y preceptor de la juventud, ¿cabe en humano entendimiento que un hombre como Marco Fabio Quintiliano no penetrase el íntimo y profundo carácter de la ciudad donde vivía? Refutados estos argumentos, escuchemos cómo en armonioso coro con la de otros muchos comentadores, así nacionales como extranjeros, se deja oír la voz del gran Padre de la Iglesia San Jerónimo, quien en su traducción *Ex Hispania Calagurritanus* (1) afirma de una manera decisiva y terminante que Quintiliano era español y nacido en Calahorra, del 42 al 45 de la era cristiana. Opinión es ésta encomiada por un conocido escritor (2), probando

(1) (Olimpiadas CCXI y CCXVI.)

(2) Don Nicolás Antonio, cap. XII, libro 1.º, de su *Biblioteca Vetus*.

con profundas observaciones cuán desacertados andan los que, procediendo de otra suerte, se separan de las palabras de Eusebio Cesariense ó de la verídica traducción de San Jerónimo, y opinión que la severa crítica no ha dudado en respetar, teniendo en cuenta, así la imparcialidad como la probidad y ciencia de tan esclarecido y docto Padre. Inclinémonos, pues, con la crítica al lado del respetable escritor de Estridon, y si, puestos en este terreno, pasásemos á examinar las cualidades del célebre Quintiliano, su carácter enérgico y decidido atraería á nuestra mente el recuerdo de aquella ciudad que en sus banderas ostenta el glorioso lema «*prævalui in Carthaginem et Romam*»; la rectitud y moralidad, que abrillantan sus escritos nos indicarían que Quintiliano había nacido en aquel suelo enrojecido con la sangre de los ilustres mártires españoles Emeterio y Celedonio; la savia de su imaginación en concepciones tan fecunda como su patria en flores, y la dulce sencillez de su trato

contrastando con la magnificencia de sus pensamientos y el lujo de su dicción, nos persuadirían de que Quintiliano había visto la luz del mundo bajo el cielo esplendente y purísimo de las hermosas y fértiles riberas de la Rioja; en suma, señores, la perfección y gracia de su estilo, la galanura de su frase, la importancia de sus observaciones, su gusto delicado, su juiciosa y templada erudición, en armoniosa unión con la grandeza de su alma, serían motivos que confirmarían nuestro juicio, presentándonos como en hermoso relieve las cualidades de un genio eminentemente español.

¡Ojalá me fuera dado precisar con la misma exactitud que su patria las condiciones en que acaeciera su nacimiento! Pero sin desechar por completo la opinión de Juvenal, que le cree nacido bajo la más feliz estrella, rodeado de bienes y de honores, y sin aceptar en un todo la de su discípulo Plinio, que dice tuvo lugar en medio de modestísima fortuna, sólo me permito creer que Quintiliano vino al

mundo rodeado, cuando no precedido, de los hermosos resplandores que indudablemente presagian el superior ingenio y las apreciables cualidades del individuo. Sólo de este modo, y mediando las sólidas instrucciones y acertada dirección de Domicio Afro, podemos explicarnos cómo Quintiliano adquiere en edad temprana y en su misma patria el renombre de retórico y abogado. No contaba aún diez y nueve años y ya su nombre corría de boca en boca, pronunciándose con admiración y respeto de todos; llegando su fama á tan alto grado que, al ser nombrado Galba pretor de la España Tarraconense, le confiere el honroso cargo de Abogado del Tribunal Superior de la provincia: cargo que desempeña con integridad suma, consiguiendo repetidos triunfos y superiores, si superioridad cabía, sobre los que ya para entonces había merecido, defendiendo en el foro y en presencia del Senado á Nevio Apruniano y á la reina Berenice. Ved, pues, á Quintiliano desempeñando ya los cargos más tras-

cendentales de la sociedad y formando el verdadero entusiasmo de su patria, sin que esto sea lo que más deba admirarnos.

No es en su patria donde ha de lograr ceñirse la corona de la inmortalidad; para ello es necesario que sus profundos conocimientos resplandezcan en medio de los errores que impulsan la decadencia y encaminan la literatura á su completa é irremediable ruina; es preciso que la solidez de sus virtudes brille y se vigorice en medio de la más depravada corrupción y desmedida inmoralidad; y así en efecto sucede. Al ocupar Galba el trono de los Césares, y dadas las circunstancias de Roma, no puede menos de recordar al ilustre retórico de Calahorra; llámale nuevamente á su lado; y Quintiliano va á Roma, donde es objeto de inusitadas distinciones. Sí, señores: Quintiliano entra en Roma «en ocasión de hallarse debilitados los grandes sentimientos y muerta la soberana inspiración que nace de la libertad; cuando las literaturas bus-

can en el esplendor de la forma y en la brillantez de la expresión lo que falta al fondo de las concepciones poéticas ; en el momento en que bajo el solio se albergan la adulación y la bajeza, menospreciándose las antiguas virtudes romanas; llega, en fin , á Roma en los tiempos en que torcidos los caminos de lo bello, viciados el lenguaje y el gusto, más que sólida ciencia, más que verdadera inspiración nacida de la grandeza y de la verdad del asunto , se buscaba por todos lo que podía cautivar la atención y lo que más contribuía á los seductores aplausos de la multitud;» en esta época es cuando llega á Roma ; y conociendo Vespasiano cuán desastrosos efectos produce la mala dirección de los estudios y deseando cortar los extravíos de los declamadores, funda escuelas por cuenta del Estado, y Quintiliano es quien antes que ninguno mereció tan grande honor; él es el primero llamado al honroso cargo del profesorado , ensalzando por largos años los verdaderos principios del arte , imprimiendo

sabia y clásica dirección á su enseñanza.

Al llegar á este punto, Quintiliano ofrece á nuestra consideración el doble aspecto bajo el que debemos estudiar al individuo, esto es, como hombre y como escritor. Para conocerle como escritor, examinaremos sus obras; mas para formarnos una idea de Quintiliano como hombre, preciso se hace estudiar su conducta en medio de la tumultuosa Roma; allí, donde la vida se le presenta bajo el prisma más grato y lisonjero; donde todos le reconocen como el primero de los oradores y el primero de los abogados; donde los Emperadores le conceden el uso de la púrpura y los honores del Consulado; donde todo, en fin, le brinda con los seductores halagos del vicio y de la inmoralidad.

Y al efecto, señores, ganoso yo de celebrar alta y cumplidamente las virtudes de Quintiliano, consulté á los escritores de su tiempo, admirándome el silencio de los mismos en este punto. Esperanzado, sin embargo, abrí de

nuevo la obra inmortal de las *Instituciones*, y ¡oh extremado contento mío!

Así como por entre las aguas límpidas, transparentes y serenas, descubrimos el fondo de los ríos, de la misma manera, por entre las páginas de aquel libro descubrí el alma virtuosísima de Quintiliano. Maravillosamente resplandecieron en él, debo decirlo, la castidad, la fortaleza, la templanza, el sentimiento de la verdad y todas aquellas virtudes que pueden exigirse justamente de un pagano, nacido en los tiempos infelicísimos de la Roma decadente y corrompida. Señores: vivir vida mortal y acongojada con infinitas maneras de cuitas temporales; vivir en lucha tremenda y continua, de una parte la carne con el espíritu que reclama para sí las sublimes condiciones de lo ideal, de lo eterno, de lo infinito; de otra el espíritu con la carne concupiscente y decaída, cosa es que suspenderá siempre las miradas de los hombres, avecinándolos al cielo, donde vean á Dios en su purísimo sér eternamente. Ahora bien, señores; si

la virtud es siempre digna de alabanza, nadie puede negar que la virtud practicada en épocas que no la conocen, excede á todo encarecimiento.

Pues bien, Quintiliano alcanza los tiempos más desdichados de la Roma gentílica: ya no se alababa á los Cato-nes ni á los Régulos; para enaltecer á un hombre, menester era que sobresaliera en una cualidad, por ejemplo, el valor, patriotismo, constancia; así se nos habla de Cicerón, Hortensio y otros; pero celebrar la vida armónica concertada, la que consiste en ordenar nuestros actos á un fin supremo; celebrar, en una palabra, la vida íntegra y total de los hombres que, teniendo conciencia de sus destinos inmortales, viven sobre la tierra honradamente, cosa es reservada á los que al pie de la Cruz recibieran divinas enseñanzas. Quintiliano recordaba de una parte los tiempos heroicos de Roma, y de otra, más digno que su siglo, presagiaba las futuras edades del Cristianismo; venía á ser, para decirlo en pocas palabras, el vértice de ese agu-



lo cuyos dos lados están constituidos por el mundo pagano y el mundo de la fe.

Y no creáis, señores, que apasionado de Quintiliano, prorrumpa en descompasados loores; nada más ajeno á mi ánimo. En efecto, pasada la época de los filósofos y de los oradores, al punto surgió la época de los sofistas y de los degradados retóricos: esa vergonzante parodia de la sana filosofía y de la verdadera y viril elocuencia. Usurpábanse entonces las altas magistraturas del Estado, merced á la difamación y á la calumnia; es decir, que trastornado el orden admirable de las cosas, la sabiduría y la elocuencia y la verdad habíanse divorciado miserablemente, siendo así que eran cosas unidas por Dios con amorosísima lazada. ¿Qué hacía falta, pues, en medio de tanta degradación y ruina? Un hombre que adunase en sí el saber con el sentimiento profundo de la verdad; uno de esos hombres que la providencia de Dios suscita de tiempo en tiempo para que atesoren y

encarnen la idea reparadora de los males de su siglo; hacía falta, en fin, un hombre como Marco Fabio Quintiliano.

Comprendiendo de un lado que ni las ciencias, ni las artes, ni el saber, ni los oficios, pueden separarnos del fin supremo á que tienden y se encaminan los actos del hombre sobre la tierra, y mirando de otro con ojos turbados y llorosos el espectáculo de aquella Roma, un tiempo conquistadora y magnánima, y fortísima, y poderosísima, envilecida ahora y degradada, sus cielos sin los eternos luminares de la elocuencia, su juventud sin la fe de los antiguos héroes, afeminada, declamadora y necia, muda la tribuna, sin libertad el pueblo, todos sometidos á la tiranía de los Emperadores; contemplando todas estas cosas, Marco Fabio Quintiliano determinase resueltamente á parar el golpe de aquel desatado y furioso huracán de costumbres é ideas desoladoras. Por eso sube á la Cátedra y regala blandamente los oídos con nuevas y purísimas doctri-

nas, deducidas de los más insignes filósofos y de los más grandes oradores. Pone delante de los ojos de la juventud los modelos de la literatura Griega y Latina de los siglos de oro. No olvida en su atentada prudencia y suma cordura el recomendar á los jóvenes aquellas virtudes que, hermanándose con el saber, son poderosas á realizar en los oradores aquella profunda y nunca bien estimada sentencia de Catón Uticense que dice: *Vir bonus, dicendi peritus*. Durante veinte años enseña á la juventud romana la manera de ser un buen orador; de todas partes acuden á oír su autorizada palabra; magnates y humildes, todos á porfía enaltecen su saber y, al bajar de aquella altísima tribuna, parece como que el pueblo romano apesarado y triste, presintiendo las futuras desgracias de la patria, clama con dolorida voz: Adiós, Quintiliano: tú eres la postrera de nuestras glorias; adiós, honor de la toga romana.

Pero he prometido, señores, probar cómo á través de las *Instituciones* se

descubre el alma de Quintiliano, grande sin duda y virtuosa.

Retírase de la tribuna, separado de aquella tormentosa vida, lejos en su hogar, consagrado ardientemente al estudio; inspirado en el deseo de ser útil á sus hermanos, persuadido de lo poderosas que son las buenas ideas vertidas con segura mano al papel para provecho de la posteridad; recoge su espíritu á meditación profunda y escribe esa obra maravillosa que, repetida y casi copiada, viene siendo el pasto y alimento de los preceptistas y retóricos. Empero yo, en este lugar, debo decir únicamente cómo Quintiliano, levantando su vuelo á las espléndidas regiones de lo ideal, fabrica en su mente el tipo de un orador perfecto.

Enseña la manera de preparar al niño desde los primeros días de su infancia, poniendo delante de sus ojos clarísimos ejemplos de virtud, juntamente con los modelos del bien decir. Toma luego al niño convertido en adolescente, llévalo á la escuela pú-

blica, procurando que se aleccione en aquellas ciencias que auxilian y favorecen el estudio de la oratoria, sin olvidar un punto cuán blandos, suaves y amorosos deben ser los castigos, cuán templadas las reflexiones, enderezando todos sus propósitos á obtener un perfecto orador que, dando al traste con la adulación y la calumnia, medios indignos de encaramarse á los primeros puestos de la sociedad, sea el hombre defensor de las leyes, de la libertad y de los derechos del pueblo, inspirándose siempre en el interés supremo é inmortal de la patria.

Y ¡cosa verdaderamente extraña en aquellos tiempos! Para gloria de Quintiliano, no podemos decir seguramente que sus preclaras virtudes estuviesen mancilladas por feos vicios. Siempre puro, medurado en las palabras, perpetuo consejero de la juventud romana, sus máximas y amonestaciones parecen salidas de cristianos labios. Había terminado su misión; podía bajar al sepulcro reposado y tranquilo con la conciencia de haber servido á

su patria. Con todo, antes de morir, fué sometido á las duras pruebas del infortunio, herencia triste y patrimonio de los hombres mientras vivimos en esta tierra humedecida con nuestras lágrimas y ensordecida con nuestros lamentos. Escribiendo estaba las *Instituciones* cuando un hijo suyo muy amado, á los 17 años, en posesión de un entendimiento claro y perspicuo, baja á la tumba dejando á su padre penetrado de dolor y sumido en inmensa desventura: como que era la consolación de su vejez, su esperanza dulcísima, aquél de quien se prometiera fuese el continuador de su obra y el predicador de sus doctrinas. Las frases que dedica á su hijo difunto son las más sentidas y elocuentes del libro de las *Instituciones*. Queréllase á sí mismo de continuar viviendo, muerto su hijo; no comprende la vida después de haber desaparecido el que era su encanto; parécele ya que desamparado y solo cruzará el desierto de este mundo pregonando su dolor. Pero decidido amante del bien y de la verdad,

continúa su obra; y poco después de terminada, desciende al sepulcro que le depara la recompensa digna de sus virtudes, legando á la posteridad importantísimos preceptos y severas enseñanzas, que no en vano le colocan en lugar preferente al del mismo Cicerón: nos lega una obra donde no solamente encontramos cuanto aquél había expuesto en sus obras, si que también sus propias observaciones obtenidas en la práctica de la enseñanza: un monumento, en fin, que al través de todos los siglos le hará merecedor de la gloria que entre sus contemporáneos alcanzara.





Oratorem autem instituimus illum perfectum, qui esse nisi vir bonus non potest: ideoque non dicendi modo eximiam in eo facultatem, sed omnes animæ virtutes exigimus.

(INSTITUCIONES, lib. I, cap. I.)

INSTITUCIONES. Aristóteles el sabio, Gorgias el sofista, Cicerón, el más elocuente de los romanos, habían escrito ya sobre las reglas á que debe ajustarse la Oratoria. Digno de particular mención es además el insigne Horacio, que nos ha legado estimabilísimos preceptos, relativos á las varias composiciones literarias de aquellos tiempos. No pocos de esos preceptos, no pocas de esas reglas han caído totalmente en desuso, ora por ser innecesarias y nimias, entonces

como ahora, ya por ser natural efecto de unas costumbres, de unos sentimientos, de una civilización que murió para no resucitar jamás; así, por ejemplo, las unidades dramáticas, tan recomendadas por antiguos y modernos retóricos, señaladamente por Boileau en el siglo xvii, no pueden ni deben realizarse rigurosamente entre nosotros. Y la razón de esto es, que el teatro griego, sencillo en el argumento, desconocedor de esos caracteres complicados y difíciles que nacen al calor de nuestras profundas luchas morales, atemperábase lógicamente á una acción sencilla y poco complicada, cuyo desarrollo no duraba, por lo común, más allá de veinticuatro horas.

Empero Quintiliano trata solamente de la Oratoria. Ciñámonos, pues, á este género literario que enlaza la didáctica con la poesía. En los tiempos de nuestro autor, como quiera que no era conocida propiamente la Oratoria sagrada, y la política estaba de especial manera unida á la forense, todo esto por la constitución del Go-

bierno romano y por la relación mutua de los poderes públicos, puede decirse que el tipo del orador perfecto ideado por Quintiliano afecta al orador forense principalmente, refiriéndose, sin embargo, también al político. Esto simplifica la cuestión de una parte y no deja de aumentar la confusión por otra; lo primero, porque tenemos delante un solo género de oratoria; lo segundo, porque ésta es de una especie rara, singular. Así las cosas, se ofrecen al entendimiento dos cuestiones, en las cuales se ocupa con ahinco la ciencia del arte literario. ¿Valen los preceptos de Quintiliano? ¿Se necesitan preceptos para ser orador? Cuestiones son estas, señores, trascendentales y que, si bien se las mira, vienen á resolverse forzosamente en cuestiones estéticas. La belleza es una de esas ideas indefinidas, generales, que llaman poderosamente la atención de los hombres pensadores: por eso desde tiempos remotísimos, desde los albores de la filosofía, vemos ya que esta idea profunda de lo bello jun-

tamente con las no menos profundas de lo verdadero y de lo bueno, cautivan el entendimiento de los sabios. Platón el divino dice de la belleza que es *splendor veritatis*; Aristóteles habla de ella; San Agustín la funda en las íntimas relaciones de la unidad y de la variedad; Santo Tomás de Aquino la hace consistir en la debida proporción de las cosas. Pero éstas eran expresiones fugitivas incapaces de constituir el sistema de lo bello. Corren los tiempos, siéntense nuevas necesidades, crece la reflexión, y los sabios, perplejos é indecisos en medio de escuelas literarias cada una de las cuales reclama para sí la posesión de la verdad, buscan con ardimiento un principio, una base que pueda concluir de una vez con las estériles disputas de escuelas, con las discordias, diatribas y sarcasmos de clásicos y románticos. Por eso tratan de definir la belleza, aunque en vano. Vaungarten en el siglo xvii adivina la ciencia del arte literario y echa los cimientos á esa ciencia que se llama la Estética y que me-

recería el nombre de Calología. Vaun-
garten hace consistir la belleza, ya en
las formas externas, ya en la manera
de sentir que tenemos; definición har-
to vaga y que recuerda sólo cuán dig-
nos son de alabanza los esfuerzos de
su autor. Manuel Kant, verdadero
fundador del racionalismo moderno,
trata de la belleza, cayendo, sin embar-
go, en los errores fabricados de ante-
mano en su sistema. El, lo mismo que
Fichte, Schelling y Hegel consideran
la belleza subjetivamente. Gioberti,
profundo filósofo italiano, confunde la
idea pura de la belleza con los fantas-
mas de la imaginación. Cousin, fautor
del eclecticismo francés, define la be-
lleza acertadamente, aunque no en su
esencia, señalando como naturales ele-
mentos de ella la unidad, la variedad
y la armonía. Inútil sería, y por de-
más cansado, que yo enumerase otras
opiniones sobre la belleza. Basta decir
que hasta el presente la belleza no ha
sido aún definida, y á la verdad creo
ser de todo punto imposible el definir-
la. ¿Se ha definido la verdad, la bon-

dad ó el ser, á pesar de los inauditos esfuerzos de tantas generaciones de sabios, consagrados á este género de especulaciones de alta metafísica? Pues no esperéis, señores, que alcancen más los presentes ó futuros filósofos. Dejando aparte, sin embargo, estas razones extrínsecas, claramente vemos cómo la belleza no es ni puede ser definida. En efecto: ¿qué es definir una cosa sino señalar sus límites, separarla de las demás y penetrar su última esencia valiéndonos de principios más generales que la cosa misma definida? ¿Y cómo es posible conseguir esto cuando se trata de una idea indeterminada, simple, que viene á confundirse con la idea del ente? Con todo, la belleza existe. Así lo testifica nuestra propia conciencia, infalible avisadora de sus actos internos; así lo testifica el universal asentimiento de los pueblos. Considerando detenidamente qué cosa sea la belleza, podemos observar que hay algo en ella de permanente y algo que se pliega á una infinita variedad, lo cual explica suficiente-

mente cómo siendo la belleza una, ha tenido, sin embargo, manifestaciones diversísimas en la historia. Belleza hay en los monumentos arquitectónicos de Grecia y Roma; belleza hay en los templos góticos de la Edad Media; belleza hay en las galas de los campos, como en la magnificencia de los cielos; belleza hay en esos sentimientos dulces, cariñosos y afables de la amistad, como en las heroicas virtudes del que, menospreciando su propia vida y amantísimo guardador de los divinos preceptos, se entrega á los tormentos y á la muerte; belleza hay lo mismo en las serenas aguas de un lago, que en los mares bramadores y las furiosas, desatadas é inmensas cataratas; es decir, que al través de las varias condiciones que impone el clima, la peculiar condición de los individuos, el carácter de los pueblos y su cultura, descubrimos los eternos fundamentos de una belleza perdurable, y que esa misma variedad, esas distintas manifestaciones de lo bello, que descubrimos en las obras humanas,

indudablemente revelan la soberana idea de la belleza que Dios ha puesto en el entendimiento de los hombres. ¿Cómo, de otra manera, podríamos descubrir el fondo de belleza diversamente manifestado en los monumentos y en los libros de las pasadas como de las presentes generaciones? ¿Se puede juzgar sin un criterio? ¿Puede fabricarse algo sin que preexista en la mente del artífice?

De estas breves y ligeras consideraciones se deduce que la belleza aduna en sí, al mismo tiempo que elementos variables y accidentales, elementos inmutables y eternos. Ahora bien; cuando se trata de preceptos literarios, menester es considerar cuáles afectan á la naturaleza misma de las cosas, siendo por lo mismo fundamentales; cuáles á las circunstancias, y finalmente, cuáles dependen del capricho ó arbitrariedad del que los estatuyó. Así nos será fácil juzgar con acierto el verdadero mérito y la gloria del preceptista Quintiliano.

Los dos primeros libros de las *Insti-*

tuciones merecen particular mención y atentísima mirada; ellos revelan el pensamiento capital que se propone Quintiliano al escribir sus preceptos. A juzgar sintéticamente esos dos primeros libros, diría de ellos que entrañan dos ideas trascendentales, capitalísimas, de todo arte verdaderamente literario; es la primera, la clasificación de las artes; la segunda, cuán estrechamente se une la oratoria con las demás ciencias y con la verdad. Por eso, adelantándose á las ideas de su siglo y gran conocedor de lo corrompidas que estaban las costumbres y la elocuencia, adivina cómo era menester levantar de la postración y el abatimiento á la juventud romana, educándola en todas aquellas virtudes civiles y políticas, sin las cuales no puede haber orador perfecto; por eso trata de la educación con una inteligencia, con un conocimiento tan profundo de las pasiones del humano corazón, que bien puede decirse no haber hecho mucho más los modernos pedagogos con sus oscuros y deficien-

tes sistemas. Abarca en una inmensa síntesis todas las facultades del hombre, enderezándolas á los fines positivos y concretos que hemos de llenar sobre la tierra. Sin embargo, trata más particularmente de la educación que atañe á los fines del orador; distingue la escuela pública de la escuela privada, y sin olvidar los peligros de aquélla, prefiere, con todo, la noble emulación que resulta de verse reunidas muchas jóvenes inteligencias en la nobilísima aspiración de ser útil á sus hermanos. Cuidadoso siempre de la dignidad del niño que ha de defender mañana los derechos del pueblo y las bases inconmovibles de la justicia, aconseja que no sea de ninguna manera sufridor de vergonzosos y cruelísimos castigos; antes bien, blanda, suave y amorosamente avisado de sus maestros; encarga á éstos que parezcan á sus discípulos perpetuos ejemplares de virtud, por aquello de que el ejemplo suele ser más poderoso que las palabras. Ocúpase luego en aquellas artes y ciencias que de maravillosa

manera se unen á la Oratoria, echándose de ver en esto cuán profunda idea tenía de la solidaridad, en cuya virtud todas las verdades como irradiación y reflejo que son de aquella soberana, inefable y absoluta Verdad que reside en los cielos, no pueden menos de unirse y compenetrarse, ya en los estrechos espacios del tiempo, ya en las esferas ilimitadas del entendimiento humano. No le basta al orador la simple noticia de los preceptos retóricos, ni el vulgar conocimiento de los modelos. Preciso es que conozca la Gramática para usar debidamente de un lenguaje puro, castizo y correcto, y la Lógica para no perderse en el confuso laberinto de los errores, y hallar argumentos sólidos y vigorosos, que disipen [y destruyan el sofisma y aseguren la causa inmortal y justísima de la verdad y la Historia, para espaciar la mente por los dilatados campos de las heroicas virtudes, gozando al mismo tiempo el casto y subido deleite de las buenas acciones, recompensadas acá en la tierra; y

aprender poniendo delante de los ojos los nobles ejemplos de los que sacrificaron su vida en aras de la justicia, y entusiasmarse viendo á los hombres superiores reñir fieros y cruentísimos combates en defensa de las grandes ideas, y abismarse, por último, en los deliquios y arrobamientos que por todas partes y de variadísima manera nos inspira la Historia. Debe el niño también, según Quintiliano, á edad conveniente estudiar la Filosofía; esa ciencia superior, merced á la cual podemos resolver las aplicaciones positivas y concretas de los conocimientos humanos en sus principios generadores, de cuya resolución nace, al decir del ANGEL DE LAS ESCUELAS, la verdadera certidumbre de las cosas. A más de esto, debe el niño componer diariamente bajo la superior dirección de sus maestros y atemperándose á los grandes modelos, con el fin de lograr la facilidad, la elegancia, la precisión de las ideas y todas aquellas dotes propias del buen orador. ¿No os parece, señores, que así obtendríamos

oradores capaces de realizar su misión altísima en el foro?

Cuanto á mí, paréceme que estas amonestaciones de Quintiliano eran las más conducentes á extirpar la plaga de los declamadores y realzar la decaída elocuencia.

Atento Quintiliano á restaurar la memoria y el prestigio de los grandes oradores de Grecia y Roma, ocurriósele la idea de escribir las *Instituciones*, con las cuales creía podrían ser deshechos y aniquilados los sofismas de los falsos retóricos; y pues es natural que los remedios sean adecuados á los males «siendo de otra manera ineficaces», plantéase á sí mismo la cuestión de si los preceptos son de todo punto necesarios, ó si el escritor ú orador, por sus propios esfuerzos, puede sin ellos llegar á la posesión de la verdadera elocuencia; esto es, proponíase á sí mismo Quintiliano el problema trascendental, y hartamente debatido entre clásicos y románticos, de la libertad artística. ¿Cómo lo resuelve? Decíale su buen sentido, conviniendo en

esto los hombres sensatos de todas las épocas, que con ser la elocuencia espontánea y nativa, todavía puede y debe someterse á las eternas leyes del buen gusto. Siempre han existido hombres que, llevados de su sensibilidad exquisita, de su alto ingenio, sin estudio, logran en ocasiones traducir á la palabra los grandes pensamientos, los afectos más recónditos de su espíritu: éstos son elocuentes. ¿Pero qué significa la natural disposición de ciertas almas privilegiadas? Además de que la mayor parte de los hombres carecen de singulares prendas y no pasan de la medianía, bien puede aseverarse que aun esos pocos elocuentísimos, desnudos de arte, entregados á la merced de su naturaleza, afearon su elocuencia con ridículas extravagancias; dígalo sino Góngora, cuyo altísimo y poderoso ingenio no fué bastante á librarle de aquel alambicamiento de ideas, de aquel enredo de palabras que aun nos hace reir ó llorar sobre la ruina de aquel hombre, por muchos títulos eminente. Así,

pues, los preceptos son necesarios para evitar los peligros ocasionados de la licencia, como son necesarias las notas musicales para ordenar y concertar de una parte las soberanas armonías de nuestro espíritu, y evitar de otra los peligros en que pudiera caer algún músico peregrino.

La cuestión, pues, sobre la libertad artística no puede resolverse, habida consideración de lo que es en sí misma, sino por el sentido común, gran maestro en este género de asuntos. Lo que de ninguna manera debe admitirse es la vulgarísima opinión de que el genio, es decir, el hombre de súbitas inspiraciones, no puede contenerse ni encerrarse en el marco ruin y estrecho de las reglas oratorias. Opinión es ésta que de no ser, como he dicho, vulgarísima, dejaría de merecernos respuesta. ¿Pues qué! ¿Consiste la libertad en descartarse de las trabas y ligaduras impuestas por Dios providente y misericordioso al hombre ó á la naturaleza? ¿Consiste la libertad política en salirse de la órbita natural y justísima

que las leyes imponen al ciudadano? ¿Consiste la libertad social en desatender las altas prescripciones del Derecho, dejándose llevar de teorías desatinadas y locas? ¿Consiste la libertad religiosa en desobedecer los mandatos del Hacedor supremo y caer rendidos y respetuosos ante los ídolos fabricados por la razón? Y viniendo á la naturaleza física, ¿sería conveniente, sería útil, sería hermoso, que los mares embravecidos, rompiendo las barreras impuestas por Dios, asolasen y devastasen la tierra con sus espantables desbordamientos? Baste decir que las leyes y los preceptos, lejos de impedir y estorbar los vuelos de la inspiración y de la fantasía, nos ayudan y favorecen, conteniéndonos, sin embargo, en aquellos límites más allá de los cuales ni hay verdad, ni conciencia, ni hermosura. ¿Qué más? Dios mismo, cuya soberana esencia no cabe en la expresión de las lenguas humanas, siendo en sí perfectísima, independiente y eterna, se ha impuesto, por decirlo así, las amorosas leyes de vivir eterna-

mente ; y esta necesidad de vivir, como la necesidad de pensar y de permanecer siempre bondadoso, ¿amen- gua en poco ó en mucho el sér adora- bilísimo de Dios? En una palabra: aquel que, falsamente persuadido de esa libertad, que consiste en no atem- perarse á ningún género de preceptos, tomase el camino de escribir obras li- terarias, si era de mediocre entendi- miento, jamás alcanzaría la gloria de los buenos escritores, y caso de ser un genio, la posteridad le pediría cuenta de no pocas extravagancias.

Ocupándose Quintiliano en la clasi- ficación de las artes en prácticas y es- peculativas, coloca á la Retórica en el lugar de las primeras, por encaminarse toda ella á un fin eminentemente prác- tico. Fundado en la misma naturaleza de las cosas, divide Quintiliano el arte Retórica en cinco partes, á saber: in- vención, disposición, elocución, me- moria y pronunciación ó ademanes.

Discurriendo sobre el origen de la Retórica, asigne uno, antiquísimo, como que se remonta á los tiempos

primitivos, confundiendo el origen de este arte con el principio del lenguaje. Acertado anduvo en esto, al contrario que Cicerón, que juzgaba verdadero origen de la Retórica las primeras expresiones ó discursos de los fundadores de los pueblos. Quintiliano, reconociendo en la Retórica dos capitalísimos elementos, el lenguaje natural y el lenguaje figurado, y por decirlo así, artístico, atribuye el origen de tan excelso arte á las primeras manifestaciones de la idea, á las primeras palabras dictadas por el sentimiento y la pasión. ¿Y qué otra cosa es el arte literario sino el arte mismo, natural, de expresar nuestros pensamientos, siquiera esté ordenado y perfeccionado por la observación y el ejemplo? ¿No son imitativas todas las bellas artes? Todas ellas ¿no han sido inspiradas por la naturaleza y las combinaciones de la fantasía? ¿Cómo han nacido la pintura y la escultura, sino teniendo delante de los ojos las típicas realidades? ¿Y cómo se había de haber formado la Retórica, sino observando la

fuerza incontrastable de las ideas y las impresiones, ya dulcísimas, ya melancólicas y terribles, que producían en el espíritu de los hombres? ¿Qué hicieron, si bien se considera el asunto, los primeros poetas y los grandes oradores? Como quiera que antes de ellos eran de todo punto desconocidos los preceptos, obedecieron no más que á sus propias inspiraciones, nacidas de la misma naturaleza. Después, ateniéndose á la incomparable hermosura de sus obras, reuniéronse de acá y acullá varios preceptos, naciendo así el arte Retórica.

Pasando Quintiliano á tratar del fondo mismo de la Oratoria, divídela en tres principales géneros, conviene á saber: deliberativo, demostrativo y judicial: división que ha caído totalmente en desuso, pero que, sin embargo, obedecía á las circunstancias de aquellos tiempos. No había oratoria sagrada, y la forense era una misma cosa que la política; por consiguiente, la clasificación de la oratoria debía nacer necesariamente de su propia

finalidad; por eso, siendo el fin del orador la alabanza ó el vituperio, considerábase su discurso demostrativo; si el convencer ó persuadir, deliberativo; si la acusación ó defensa, judicial. En los tiempos modernos, la intrínseca naturaleza de las cosas de una parte y el lugar de otra, son las bases en cuya virtud clasificamos y dividimos la oratoria. Así, el que trata de materias religiosas y habla desde la cátedra del Espíritu Santo, denomínase orador sagrado: el que de materias políticas y en los Parlamentos, político ó parlamentario; pudiéndose decir lo mismo de los demás géneros modernos de oratoria. Bueno será advertir, sin embargo, que las variaciones del orden político y social han determinado poderosamente la actual división de la oratoria.

Hemos hablado largamente de los dos primeros libros, y con relativa extensión del tercero, porque aquéllos encerraban en sí los capitalísimos fundamentos de la oratoria, según la entendía Quintiliano, y el últi-

mo, cuestiones de no escasa novedad. A pesar de haberse escrito varios tratados de Retórica en Grecia como en Roma, en ninguno de ellos se advierte aquel conocimiento profundo del corazón del hombre, en cuya virtud hermanándose, por decirlo así, la teoría con la práctica, resultase un verdadero sistema de educación oratoria. Quintiliano adivina, con clarísima intuición, cómo nada valen los preceptos para jóvenes estragados por el vicio y víctimas de las concupiscencias de la carne, y cómo de nada sirven todas las doctrinas cuando es menester luchar con entendimientos vírgenes, desnudos de saber. Esa es la razón por la cual escribe los dos primeros libros, eternos fundamentos de la educación indispensable á los buenos oradores.

Al llegar aquí declaro ingenuamente que, de proponerme un análisis detenido de las *Instituciones*, fuera menester más dilatado espacio. Ceñido, por lo tanto, á las condiciones ineludibles de este trabajo, trazaré líneas genera-

les, que sin menoscabo de la verdadera crítica, revelen el carácter genuino de las *Instituciones*.

Comprende el libro cuarto las partes del discurso: el exordio, la proposición, la división, la narración, la confirmación y el epílogo. Sobre todas ellas discurre Quintiliano sabia y acertadamente, prescribiendo aquellas reglas que no ha desacreditado el trascurso del tiempo, antes bien confirmado y robustecido. Juzga nuestro autor como la más necesaria de las partes del discurso la confirmación, en lo cual estuvo tan acertado, que todos los retóricos y críticos convienen en que «atendidas circunstancias» pudiera acontecer que la confirmación fuera la única parte subsistente, constitutiva del discurso.

Trata en el libro quinto de los lugares tópicos, esto es, de las fuentes de donde pueden sacarse argumentos valaderos á los fines del orador; se puede decir que este libro es, aparte de algunos lugares, como el tormento, las escrituras públicas y otros inusitados en

nuestros tiempos, un tratado de lógica formal. Los modernos han desechado de los libros de Retórica esta parte por parecerles, con sobrada razón, completamente extraña á sus fines. Cierto que el orador, llamado como está á defender su tesis é impugnar á sus adversarios, necesita conocer la lógica, como necesita conocer todas las ciencias y artes de que haya de tratar principalmente; y sin embargo, sería cosa por demás peregrina que entrase la Retórica por esos caminos de la jurisprudencia, de la política y otros que le están justamente vedados.

El libro sexto atiende á ciertos efectos oratorios, como la risa, el modo de vestir y de accionar, tan propios de aquellos tiempos enamorados de la forma y algún tanto menospreciadores del fondo de las cosas; con todo, fuerza es decirlo, siendo el hombre síntesis inefable de cuerpo orgánico y de alma inteligente y libre, está de la una parte sometido á las condiciones de su vida íntima, y de otra, á las influencias exteriores: si á esto añadi-

mos que las ideas más recónditas del sér humano suelen de vez en cuando aparecerse en la palabra misma, en los gestos y en los ademanes, fácilmente comprenderemos por qué los hombres convierten alguna vez sus ojos á esas manifestaciones externas del sentimiento y de la verdad.

También habla el libro sexto de la peroración y sus cualidades, en lo cual muéstrase Quintiliano, como siempre, profundo conocedor del humano espíritu. Es la peroración, por decirlo así, el signo más acabado y perfecto de las pasiones y de los combates que entre sí libran los hombres: por donde se ve que la peroración debe de ser viva y animada, ardiente y nacida de un espíritu verdaderamente preocupado y poseído de cuanto habla y de cuanto dice.

Versa únicamente el libro séptimo sobre la disposición del discurso oratorio; en él se nos enseña la manera de disponer y colocar con acierto las pruebas, pudiendo aseverarse que de todas sus enseñanzas surge esta ley:

las pruebas deben colocarse y disponerse oportunamente; y nada más sabio: dada la constante variación de las cosas, dadas las distintas situaciones de la vida y del orador, bien se echa de ver cómo es de todo punto imposible establecer preceptos determinados y valederos para todos los casos y circunstancias. En efecto, el orador que se halle al frente de alborotadas muchedumbres, prontas á la revolución y al combate, suspensas de la palabra elocuentísima del tribuno, anhelantes de escuchar una razón que las disuada de sus propósitos ó las aliente poderosamente, ¿habrá de exhibir y presentar las pruebas de su tesis como si se encontrase ante un auditorio pacífico, quieto, sumiso á las leyes y atento sólo á la verdad y al derecho? El primero, caso de colocar antes las pruebas más débiles, provocaría tal vez el furor del pueblo, quitándole la esperanza de la persuasión y del convencimiento. No así el segundo, el cual puede y debe atemperarse al carácter de sus oyentes, seguro de

no amotinarlos. Por consiguiente, el sentido común y la oportunidad son las leyes seguras y eternas á que debe sujetarse y amoldarse la disposición del discurso oratorio.

Abraza el libro octavo la tercera parte de las en que naturalmente se divide la Retórica, á saber: la elocución. Señala Quintiliano aquellas cualidades sin las que toda elocución sería viciosa: tales como la verdad, la claridad y aquel tino y mesura tan propios del buen talento del escritor. Desciende después á tratar de aquellas otras cualidades que dependen de la ocasión y de las circunstancias. El adorno, la amplificación, los tropos: de todo esto habla Quintiliano con tal maestría y de tal suerte, que sus observaciones han sido universalmente acatadas por los retóricos de todas las épocas. Tanto en éste como en el siguiente puede notarse algún exceso en orden al número de tropos y de figuras; no obstante, achaque era éste de aquella edad un poco declamatoria y vana.

Mucho más importante es el libro décimo, en el cual expone nuestro autor acertadísimos juicios acerca de los autores griegos, eternos modelos del bien decir, y doctrinas verdaderamente libres sobre la imitación artística. Quiere, sí, que teniendo en mucho las obras inmortales de los buenos oradores y de los insignes hablistas, consagremos á ellas diligente estudio; pero quiere también que lejos de achicarse y amenguarse la propia actividad, levantemos nuestras aspiraciones hasta las cimas mismas de la gloria. Nadie, cualesquiera que sean sus aficiones literarias y la independendencia de su espíritu, podrá rehusar con justicia el estudio de la tradición. ¿Existe hombre alguno sobre la tierra que atesore dentro de sí mismo todas aquellas condiciones que bastan á convertirnos en sabios y elocuentes oradores? Y acaso, de existir alguno, ¿puede la mayoría de los hombres lisonjearse de ello? Por lo tanto, bueno será juntar la imitación libre, y de ningún modo aduladora y servil, con las naturales

y espontáneas dotes con que nos haya galardonado Dios graciosamente. Temerario empeño sería, por cierto, el pretender desembarazarse de los dulces lazos de la tradición, merced á los cuales la ciencia de nuestros padres es nuestra propia ciencia, y las labores de los pasados tiempos el fruto riquísimo de la generación presente.

Persuadido Quintiliano de que las formas exteriores del pensamiento, es decir, el lenguaje, no puede ser ni bello, ni puro, ni elegante, ni castizo, sino á costa de asiduo trabajo y no interrumpido ejercicio, recomienda especialmente que el niño se acostumbre á ordenar y disponer sus propias ideas trasladándolas al papel; y es de notar cómo nuestro autor discurre sobre la manera de escribir, sobre los puntos que hemos de escoger, sobre los lugares que debemos buscar, extendiéndose largamente además sobre otros puntos que acreditan cuán profundo y atinado era su conocimiento del hombre.

Poco importante es, en verdad, el

libro undécimo; el cual, más que tratado de Retórica, parece serlo de mímica y gnomología. Requerían aquellos tiempos, harto dados á los efectos de la palabra y del ademán, que el preceptista tratase de estas materias. Al presente, una más acertada separación de ciencias nos induce á considerar aparte lo que se refiere á la memoria y á la pronunciación.

Pone fin y remate á las *Instituciones* el libro duodécimo, y por cierto que es de los más interesantes y merecedores de estima. En él acierta Quintiliano de irrecusable manera á demostrar cómo se unen, estrechan y compenentran las formas externas con lo más íntimo del sér humano. Nótase cómo se esfuerza nuestro autor en probar el lazo íntimo de la verdad y de la bondad. Desea que el orador sea hombre de bien, y juzga que, de no serlo, mal puede aspirar al título gloriosísimo de la elocuencia. Punto capitalísimo es éste y digno siquiera de alguna consideración. No falta quien, juzgando desatinadamente, opte por el

absoluto divorcio de la elocuencia y de la verdad; y aunque en estos momentos no se trata de la verdad y bondad intrínsecas al discurso oratorio, sino de las prendas morales, de las virtudes del orador, advertiremos, sin embargo, de pasada, que ninguna obra literaria puede prohiar el error sin ser, por lo mismo, peligrosa y nociva; como ninguna obra literaria puede ser elocuente, á menos de resplandecer con el divino resplandor de la verdad. De lo contrario, menester sería romper de una vez con las eternas y capitalísimas ideas que publican y revelan la misteriosa lazada de lo verdadero, de lo bello y de lo bueno. Lo que en esta materia suele dar lugar á lamentables confusiones es, ciertamente, el no distinguir el fondo de las formas exteriores; que así como es dable una fea estatua con hermosas vestiduras, también puede suceder que las ideas y los juicios, siquiera absurdos, se encuentren ataviados con las galas magníficas del oratorio estilo. Empero sea de esto lo que fuere, el orador debe

estar adornado de virtudes. ¿Cómo de otra manera podría cumplir su altísima misión? Puede darse el caso de un orador que, á pesar de su vida depravada y licenciosa, acierte á defender los sacratísimos derechos de la justicia; pero esto es raro, excepcional. Si consultamos á la misma naturaleza de las cosas, veremos claramente cómo el orador que no siente dentro de su espíritu los alaridos de la conciencia, ni se conmueve ante ajenos infortunios, ni llora con los menesterosos y desvalidos, hállase por completo incapacitado ó, por lo menos, tardo y perezoso á sostener la verdad, con el acento reposado y tranquilo del varón justo. Pero ¿á qué discurrir largamente sobre esta materia? ¿No es la elocuencia, por ventura, el dón feliz de imprimir en los corazones de otros los pensamientos y afectos que traen conmovido y agitado nuestro propio corazón? Mirabeau, lanzando truenos y rayos desde la tribuna francesa, ¿no es un hombre convencido? Y Demóstenes, clamando en nombre de los dioses in-

mortales por la salvación de la patria, ¿no sentiría correr por sus venas el entusiasmo y por su espíritu las grandes ideas y los soberanos pensamientos de la gloria? Pues de idéntica manera, el que no siente dentro de su alma la voz tonante de la justicia, permanezca mudo y silencioso ante el dolor de sus hermanos y las desdichas de su patria: que no es la elocuencia hija de un corazón frío, sino del más vivo entusiasmo nacida. Figúrome por un momento á un orador de pervertidas costumbres, levantado en la tribuna, extendidos los brazos en ademán de convencer á sus oyentes de la verdad y del derecho que sostiene: frío su espíritu, refractario á las purísimas y ardientes sacudidas de la idea y del sentimiento, revelará en su acento desfallecido y temeroso toda la pobre mezquindad de su alma, poco grande, poco noble.

No terminaré esta breve y ligerísima exposición crítica de las *Instituciones* sin decir dos palabras de su estilo terso, limpio y elegante, si bien no llega

á ser nunca ni tan florido, ni tan elocuente como el de Cicerón. Acomodado todo él á las condiciones ineludibles de la didáctica, tiene que ser medurado en el hipérbaton, jamás desaliñado y menos incorrecto. La decadencia política había traído consigo la decadencia del idioma, por lo que no es extraño que no siempre acierte Quintiliano á desembarazarse de ciertos defectos inherentes á su tiempo, el cual, por olvidadizo de los pensamientos, daba al traste alguna vez con la majestad viril de las formas.





AL estado olvidadizo de su tiempo, así como al estado deplorable en que la sociedad se encontraba, fué debido el que las *Instituciones* de Marco Fabio Quintiliano dejasen de influir de un modo tan decisivo, como por su mérito debieran haber influido en la literatura de su siglo.

Es difícil, por no decir imposible, encontrar en aquella degradada y corrompida sociedad hombres dignos que en sí adunasen las condiciones que Quintiliano considera indispensa-

bles en un buen orador. Esto no obstante, la experiencia, que veinte años de enseñanza le produjeran, su constante estudio, su larga práctica en el arte que trataba de enseñar, su profundo conocimiento de los escritores griegos y romanos, todo lo rinde á tributo para formar al orador cuyo corazón guía, cuya inteligencia enriquece y cuyos pasos dirige por los umbrales todos de la vida, hasta colocarle en la tribuna dominando á los demás. A estos generosos y levantados esfuerzos se debió, pues, el que las *Instituciones* de Quintiliano influyeran, como influyeron, en la literatura de su siglo, sosteniéndola por largo tiempo y librándola por aquel entonces, de su completa é irremediable ruina; de la propia manera que sus excelentes virtudes sirvieran también para sostener, hasta cierto punto, el torrente devastador de las pasiones que, como hemos visto, dominaban en su tiempo.

¿Y cómo no había de influir en la literatura de su siglo una obra que

ha influido, puede decirse, en la literatura de todos los tiempos y hasta en la del siglo presente?

En las *Instituciones oratorias* de Quintiliano vieron los escritores del renacimiento el gran libro que la ciencia de las pasadas generaciones nos transmitiera y en el que aprender podían la teoría más pura del arte difícil de la elocuencia.

¿Y qué mucho que así fuera cuando en los siglos sucesivos se ha venido sosteniendo, y no sin poderosísimas razones, que la lectura de la obra inmortal de Quintiliano hace al lector no sólo más sensato si que también mejor? ¿Cómo no había de influir en la literatura de su siglo una obra en la que no sólo campean los más notables precedentes de las literaturas griega y latina, sino que también la informan el método más acertado y la tendencia didáctica más pura, hasta el punto de que se la haya considerado como la obra más acabada para estudiar la teoría de la elocuencia?

Las *Instituciones oratorias* de Mar-

co Fabio Quintiliano influyeron favorable y poderosamente, no sólo en la literatura de su siglo desde el punto de vista literario, sino que también en las costumbres de sus contemporáneos desde el punto de vista moral.





CONCLUSION

REALMENTE he llegado al término de mi trabajo. Paréceme que, á pesar de mi leal intención, no habré logrado presentaros tal como es la figura de ese grande hombre, que llena aún la memoria de nuestro siglo, y revelaros con acierto el verdadero y genuino espíritu de las *Instituciones*. Colocado en la mitad de unos tiempos infelicísimos, y enderezando sus miradas altísimas á la restauración de la verdadera

elocuencia, traza en su mente Quintiliano las propiedades de un orador perfecto, escribe las *Instituciones*, obra de Retórica, de educación, de crítica, de elocuencia, en la cual resplandecen no menos las dotes del preceptista que las del filósofo; hermanándose las condiciones de la medida y juiciosa crítica con las prendas singulares del hombre elocuente. No creáis, señores, que se encierran los fines de esa maravillosa obra en los estrechos límites de escuela, no: ha concebido la idea de restaurar la perdida elocuencia y con ella las esplendentes glorias de su patria, apareciendo, por lo mismo, tan patricio como retórico.

Bien mirado, vemos en Quintiliano al hombre que, sintiendo dentro de su espíritu los dolores de su patria y el ardor intenso de la gloria, corre en seguimiento de una idea salvadora de su país y que le recomiende á la posteridad.

Desgarradas las vestiduras del pueblo que, esclavizado, anonadado y

pervertido, ha perdido hasta la memoria y, con la memoria, el poderoso acicate de las antiguas glorias de la república, comprende Quintiliano cómo la restauración de Roma ha de venir forzosamente de la tribuna; y poniendo sus ojos en el Senado, antes magnánimo y poderoso á recordar sus deberes á los jefes y rectores de la sociedad, advierte al punto que únicamente de una juventud, educada no menos en las virtudes privadas y políticas que en las artes de la palabra, había de venir el remedio de aquellas supremas desventuras. Por eso quiere virtud y ciencia juntamente; la imitación razonada y el ejercicio de las propias fuerzas naturales, el conocimiento de los grandes modelos al par que el de la historia, para enamorar nuestra alma con las epopeyas y el heroísmo de nuestros antepasados; con la ciencia del Derecho, el bienestar de los ciudadanos; con la filosofía, la sabia combinación y el concierto de las discusiones; y sin descuidar el detenido análisis de las pasiones del

hombre para bien encaminarlas y evitar sus extravíos, muéstrase también gran entendedor de las bellezas de su idioma, invitando así al estudio de los modelos. Es una obra completa: como humana, adolece de algunos defectos: trata cuestiones privativas de aquellos tiempos: sus amonestaciones y consejos dirígense por lo común al orador forense, sin que esto sea obstáculo para la enseñanza de todos.

Al través de las páginas de esa grande obra, colúmbrase no sé qué de inmortal y de soberano, que arrebatara el ánimo de quien las lee. Enamorado de la elocuencia y encariñado de las glorias patrias, remonta su espíritu á la contemplación de los fines nobilísimos de adiestrar á sus contemporáneos para contrastar los peligros de la decadencia romana y obtener por su grande obra los aplausos de la posteridad.

Dados la condición de los tiempos y los propósitos firmes de Quintiliano, debemos considerar su libro

como monumento científico y eminentemente nacional. Por sus ideas sapientísimas es fuente donde van á beber todos los que se ocupan en señalar preceptos literarios. A la hora presente, excepción hecha de las ideas trascendentales que han traído consigo el adelanto de los tiempos y la cultura filosófica, el libro de las *Instituciones*, cuanto á sus fines positivos y concretos, no ha sido por ningún otro libro superado. Por sus ideas verdaderamente nacionales, por sus grandes esfuerzos en prevenir la caída de las letras y del patrio espíritu, Quintiliano merecerá espontáneos y universales aplausos en toda la prolongación de las edades futuras.

Nacido Quintiliano en esta tierra de España, madre de innumerables héroes, y santos y sabios, no será jamás su nombre arrastrado por el río del olvido, mientras seamos como ahora, y lo seremos siempre, perpetuos amadores de las artes de la palabra; mientras sustente nuestro suelo grandes oradores; mientras

aliente nuestro espíritu la gratitud y el reconocimiento á los que nos han precedido en las enseñanzas del bien decir, pudiéndonos servir perpetuamente de guía y norte; mientras existan los gloriosos recuerdos de la tradición y no hayan desaparecido de la tierra los españoles, no faltará alguno que convierta amorosamente sus ojos á la tierra que meció la cuna de Quintiliano, dándole con la vida las naturales condiciones de su clima, los gases de su atmósfera, templando todo su físico organismo con las secretísimas influencias de su suelo, y la nativa hermosura de sus hermosos campos, sus altísimas montañas, sus graciosos valles y dilatadas llanuras. Así, cualquiera, sin poseer las adivinaciones del artista, ni sentir la incomprendible aspiración de ver al hombre y su fisonomía, puede entrever en Quintiliano una fantasía arrebatada, un ingenio flexible, y cierto no sé qué, oculto ante las investigaciones del sabio, y muy fácil de explicar cuando se consideran las calladas, pero seguras, in-

fluencias de los lugares que alentaron nuestra infancia.

Cuanto á mí, nacido en la Rioja, no podría, aun queriéndolo, arrancar de mi pecho el entusiasmo, ni de mi mente el orgullo, por contar entre mis apreciables paisanos al inmortal Quintiliano.

HE DICHO.



Esta obrita se vende á **1 peseta 50 céntimos** el ejemplar, y á **15 pesetas** docena, en las principales librerías de Madrid y provincias.



8061

BIBLIOTHECA
MUSEI
HISTORICO
NATURALIS
CIVITATIS
ROMAE